

Recordando a Stendhal y a Valera

* * *

Por Jose M.^a OCAÑA VERGARA

Cumplióse el año de 1983 el segundo centenario del nacimiento de Henry Beyle, conocido por su nombre de pluma, Stendhal, figura cimera del mundo de las letras francesas y uno de los más destacados narradores de todos los tiempos.

Nació Stendhal en Grenoble el 23 de enero de 1783 en el seno de una familia burguesa acomodada. Tras una juventud aventurera y algo disipada, se dio a conocer como consumado novelista con obra como *La cartuja de Parma*, *Rojo y negro*, *Lucien Leuwen*, *Armance* y *Crónicas italianas*. Con Stendhal, Balzac y Flaubert, figuras claves del Realismo, la novela francesa abandona la impronta subjetiva romántica para proclamar el enfoque objetivo de la realidad social y cotidiana. El deseo de presentar la vida sin ningún tipo de adorno, sin estilizaciones ni heroicidades, sino tal como es en sí, surge en Francia, sobre todo, que marcará la pauta en el desarrollo de la narración realista en toda Europa con figuras como las ya citadas, a las que seguirá Dickens y Thackeray en Inglaterra; Turgueniev, Tolstoi y Dostoievski en Rusia; Keller, Raabe y Storm en Alemania y Suiza, y Valera, Galdós y «Clarín» en España.

Aunque la aparición del movimiento realista español es muy posterior al francés, justo será considerar la enorme influencia de aquél sobre nuestros novelistas, como así mismo la alta calidad alcanzada en nuestra patria por la novelística que nos aseguró un auténtico Siglo de Oro en el marco de la narrativa.

Si aplicáramos los métodos de literatura comparada, preconizados por Nicolás Guillén, el hijo del célebre poeta de la Generación del 27, podríamos observar las notabilísimas concomitancias que se dan entre los artífices del referido movimiento en Francia y España.

El realismo francés se asienta sobre las figuras claves de Stendhal, Balzac y Flaubert. El español sobre Valera, Galdós y «Clarín». El orden preestable-

cido no es meramente caprichoso, pues, como intetaré demostrar, existen una serie de rasgos comunes que los identifican y aúnan.

La obra narrativa de Balzac se nos revela como una auténtica «comedia humana», título de su principal creación, en la que nos presenta las circunstancias objetivas de la época que le cupo vivir. A través de sus novelas, Balzac supo explorar la transformación del artesanado, la ascensión y triunfo del capitalismo, y, al mismo tiempo, las dificultades y miserias de un proletariado que malvivía en el «terrible ácido que se llama París» (1). Stefan Zweig, en su ensayo *Tres maestros* analiza la labor analítica de Balzac que pasa revista a todos los estamentos franceses, narrando el comportamiento, las actitudes y tendencias de centenares de personajes que pululan por las páginas del autor de *La comedia humana*.

Para Arnold Hauser (2), Balzac supo iluminar con su fantasía el proceso social, se identificó con él, y expresó su desilusión criticando su fallos.

La lectura de Balzac deleita por la sabia coordinación de los diferentes episodios, al mismo tiempo que nos presenta a sus personajes en su completa vitalidad (3). Hay una constante tendencia a explicar psicológicamente a los distintos grupos o clases que inundan sus novelas.

Balzac supo crear un mundo con tal variedad de ambientes, tipos y planteamientos como no se había intentado aún. Fue un documentador concienzudo de la vida diaria y un excepcional inventor imaginativo (4).

Muchas de las cualidades de Balzac las encontramos en Benito Pérez Galdós. El escritor canario logró la descripción certera y animada de la sociedad de su tiempo (5).

Afirma el gran crítico austriaco Stefan Zweig en su ensayo *Tres maestros*, en los que analiza la labor de Balzac, Dickens y Dostoievski, que el mérito capital de un novelista es la creación de un mundo de ficción que sea reflejo del que vive en realidad. El escritor francés supo ofrecernos un animadísimo cuadro de las costumbres de París, de la burguesía francesa y de sus ansias de ascenso social. Dickens nos legó unos bellísimos aguafuertes, de decantada belleza virginal, donde irrumpe un mundo de seres angelicales, pobres huérfanos y desolados niños. El autor de *David Copperfield* reconstruyó sabiamente los ambientes ingleses de su época. Volcó su simpatía en la psicología de los protagonistas y concibió el ámbito de la baja mesocracia como un auténtico paraíso. Exaltó las virtudes del trabajo, la perseverancia y la economía. Tal fue la perfección descriptiva y narrativa de Dickens, cuya obra es el más fiel reflejo de la Inglaterra de la primera mitad del siglo XIX.

Fedor Dostoievski es una figura que desborda toda escuela y toda posible

(1) Benito VARELA JACOME: *La literatura de la sociedad burguesa. Comunicación*, Ediciones Tarraco, Tarragona, p. 414.

(2) Arnold HAUSER «La generación de 1830», *Historia social de la literatura y el arte*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1969, p. 63.

(3) Martín de RIQUER y José María VALVERDE: «La novela 'naturalista' francesa», *Historia de la literatura universal*, Barcelona, Ediciones Planeta, p. 118.

(4) Martín de RIQUER y José María VALVERDE: *Op. cit.*, p. 118.

(5) José GARCIA LOPEZ: *Historia de la literatura española*, Barcelona, Ediciones Vicens Vives, p. 520.

clasificación (6). El autor de obras tan celebradas como *El idiota*, *Crimen y castigo* y *Los hermanos Karamazov*, por sólo citar las más recordadas, se nos presenta como un gigante que quiso reflejar su angustiado vivir y el de sus correligionarios. Subyugador y deshecho a un tiempo, bien es conocida su nerviosidad epiléptica, su desarreglada vida familiar y su destierro en Siberia, Dostoievski reflejó la tristísima situación de unos seres tarados, hambrientos y deformes. Pero al final, justo es reconocerlo, nos queda la imagen real y vivida de una Rusia angustiada en eterna pesadilla.

Eran tres mundos distintos: Francia, Inglaterra y Rusia, analizados sagazmente y diseccionados hasta lo más profundo de su ser. Las obras narrativas superaban cualquier manifestación histórica por la veracidad y congruencia de sus exposiciones. Balzac, Dickens y Dostoievski habían sabido exprimir la esencia de la realidad viviente, del mundo social que los rodeaba y habían creado la imagen auténtica del entorno circundante.

¿Acaso no fue esto lo que hizo Benito Pérez Galdós en la narrativa española? Con palabras certeras ha analizado esta labor Joaquín Casaldueiro (7): «Alumbrar la conciencia histórica del pueblo español contemporáneo, servirle de guía, darle una pauta, he aquí el propósito que incita a Galdós a crear su obra, la cual responde a una pregunta: «¿Cómo es España?»».

Galdós supo superar el costumbrismo reinante para darnos bellísimas páginas en las que reflejó la esencia del alma de España a través de su historia (*Episodios nacionales*), de su ambiente social (*Fortunata y Jacinta*) y de sus tipos humanos (*Misericordia*) (8).

Su similitud con los autores anteriormente citados es bien patente. He de confesar que siempre he juzgado incompleto el brillantísimo ensayo de Stefan Zweig. Galdós fue otro gigante de la narrativa europea que merece un puesto de honor junto a los Balzac, Dickens y Dostoievski, como creador de un mundo novelesco de profundísima entidad.

Gustave Flaubert es para Martín Riquer (9) un naturalista impasible, que describe sus mundos con la inexorable minuciosidad de *l'art pour l'art*, es decir, del arte por el arte, según los postulados del alemán Hegel. Flaubert se desliga un poco de la visión social para profundizar en la intimidad de sus personajes. Nos introduce en un mundo provinciano concreto: casi marginal por la pobreza de sus tierras y la incultura de sus personajes, la falta de carácter, el estancamiento económico. El detallismo descriptivo, el enfoque gradual, en travelling, de las tierras, los caminos, las casas y abadías, las techumbres, nos están aproximando al naturalismo que encontrará su máximo preceptor en Emilio Zola. Con *Madame Bovary* se inicia una nueva etapa en la novelística europea. Gustave Flaubert se sirvió de las vivencias personales de su ciudad natal para reconstruir un mundo provinciano adensado por la textura psicológica de los protagonistas que se mueven en él: Emme, Charles Bovary, el boticario Homais, León, Rodolfe...

(6) Martín de RIQUER y José María VALDERDE: *Op. cit.*, p. 145.

(7) José GARCIA LOPEZ: *Op. cit.*, p. 521.

(8) José GARCIA LOPEZ: *Op. cit.*, p. 521.

(9) Martín de RIQUER y José María VALDERDE: *Op. cit.*, p. 120.

Madame Bovary, sin duda la principal obra de Flaubert, posee una estructura rigurosa, simétrica. Emme es un ejemplo único de actante femenino; se debate entre la ficción novelesca de la fantasía romántica de las heroínas de sus lecturas y la vulgar realidad; se deja dominar por el aburrimiento; busca una salida en los amores adúlteros. La situación límite de esta novela está copiada del natural. También sus experiencias personales dejarán honda huella en las páginas de esta inmortal novela. Flaubert crea un nuevo estilo narrativo, llamado más tarde bovarysimo, con el que intenta reflejar la realidad circundante sin engaños ni falsedades (10). El mismo afirma: «Me limito a exponer las cosas como las veo, a expresar lo que me parece verdad».

Características similares presenta la obra y la concepción narrativa de Leopoldo Alas «Clarín». Martín Riquer afirma que *La Regenta* tiene en su argumento una declarada similitud con *Madame Bovary*, al mismo tiempo que proclama el paralelismo entre Flaubert y Clarín (11). Ambos presentan notables concomitancias en su humor personal, en su nítida inteligencia y en la especial intolerancia para juzgar la estupidez humana. Para Martín Riquer, *La Regenta* supera en riqueza de planos y ambiente a la obra maestra de Flaubert.

A través de esta breve exposición hemos procurado descubrir el paralelismo existente entre Balzac y Galdós y entre Flaubert y «Clarín». A continuación, pasamos a analizar el paralelismo entre Stendhal y Valera. Estableceremos varias calas con el fin de hacer más ordenado el estudio probatorio.

Similar concepción de la novela. Stendhal y Valera presentan innegables concomitancias cuando se analiza la labor de cada uno. Para aquél, la literatura debe ser, por encima de todo, una actitud espiritual y una forma de vida: el «egotismo», el culto al yo, la manifestación de la energía vital, la sinceridad hacia sí mismo y una lucidez de tipo clásico unida a una apasionada ternura. Es lo que se ha denominado en su honor «beylismo», o concepción personal del pensamiento narrativo. Stendhal aborreció la elocuencia malsonante, no la sustentada en los principios clásicos retóricos, la exageración y la excesiva idealización. Su afición al pequeño suceso lo aparta totalmente de Balzac, cuya grandiosidad épica nos recuerda las páginas heroicas de Homero. Dio a la literatura universal dos obras maestras *Rojo y negro* y *La cartuja de Parma*, donde destaca la brillante introspección que realiza sobre sus protagonistas. Sin embargo, según G. Picón (12), posiblemente lo más interesante del escritor francés sea su «tono», el acento conversacional y la interiorización manifiesta de sus personajes que manifiestan una entidad apasionada, lúcida, enérgica e idealizadora.

Si analizamos detenidamente las características anteriores, podríamos afirmar que también corresponden a la normativa narrativa de don Juan Valera y Alcalá Galiano.

(10) José GARCIA LOPEZ: *Op. cit.*, p. 406.

(11) Martín de RIQUER y José María VALVERDE: *Op. cit.*, p. 166.

(12) G. PICON: *Diccionario de autores*, Barcelona, Ediciones Montaner y Simón, p. 668.

El documentado estudio de Manuel Azaña en el prólogo de *Pepita Jiménez*, sin duda el más concienzudo y completo que se ha hecho sobre la estética valeriana, nos manifiesta la tendencia del escritor egabrense a una línea netamente ática, muy del siglo XVIII y muy alejada de las extravagancias románticas. Acusa a los escritores románticos de ignorancia, verbosidad, desaliño, amaneramiento e hipocresía. Valera fue el defensor acérrimo de la fórmula «el arte por el arte» que acuñara el filósofo y esteta alemán Hegel. El arte para Valera debe emanciparse de todo propósito moral, docente u otro, que trascienda a esfera distinta de lo bello. Agil, fluido, imbuido de una vastísima cultura clásica, Valera aspiró a crear bellas muestras narrativas donde aflorara su rica personalidad para realizar exquisitas introspecciones de los personajes que pueblan sus novelas.

Ecléctico, a la manera de Stendhal, supo recoger de las distintas escuelas lo mejor. Clásico por temperamento y por educación, además de por su constante peregrinaje por toda Europa y América, Valera nos dio la gran lección de su finura tanto en el contenido como en la expresión. Al igual que Stendhal, huyó del macrocosmos urbanístico de las grandes urbes que cautivaron a Balzac y a Galdós. Tampoco aspiró a crear un mundo de grandeza épica en el que quedaran reflejadas las costumbres sociales, morales y políticas de su época. Valera sólo aspiró a la obra de arte, verdaderas miniaturas de exquisita perfección técnica, que retratan personajes sencillos aunque envueltos en un halo de fina aristocracia.

Valera, al igual que Stendhal, nos dio bellísimas páginas en las que analiza con portentosa profundidad el interior de las almas de sus personajes, como dijera Ortega y Gasset. El fue, sin duda, el más genial creador de la novela psicológica española. Si Julien Sorel y Fabrizio del Dongo, protagonistas de *Rojo y negro* y *La cartuja de Parma*, respectivamente, son seres de carne y hueso, cuyas aventuras y desgracias sentimos y sufrimos al unísono, otro tanto podríamos decir de *Pepita Jiménez*, de *Juanita la Larga*, de *Doña Luz* y restantes producciones valerianas. Valera penetra en la intimidad de sus personajes para ofrecerlos al lector con todas las virtudes y taras que acompañan a su ser. Valera supo reflejar fielmente no sólo la etopeya o descripción interna de sus protagonistas, sino que realizó magistrales retratos, es decir la suma de la etopeya y de la prosopografía, que condensa la visión interna y externa para reproducir a seres de entidad total, personajes que convivieron con el autor, que él conoció en sus estancias en Cabra y Doña Mencía.

Pero Valera, al igual que Stendhal, huyó del radical naturalismo que encontramos en Zola o «Clarín», aunque en éste sea más atenuado y menos cargado de tintas negras. Concedió Valera, como ya hemos anticipado, capital importancia al análisis psicológico, y en esto sus novelas están muy por encima de las de su época. Valera buscó el alma de sus personajes, atento a sus más ligeras reacciones y convencido de que el hombre es libre para reaccionar en un sentido u otro, pero supo evitar la morosidad enfermiza con que «Clarín» realizó la disección del alma de Ana Ozores y del magistral Fermín de Paz en *La Regenta*. Su técnica fue polarmente opuesta al natura-

lismo, en que la conducta suele venir determinada casi fatalmente por el medio y las circunstancias.

Al igual que Stendhal, Valera expuso sus ideas personales, sin dogmatismos, y fruto casi siempre de una larga experiencia. Ambos novelistas recorrieron muchos países, conocieron a muchas personas de distintos estratos sociales y reflejaron estos hechos en páginas de inolvidable recuerdo.

Lenta maduración de la técnica novelesca en Stendhal y Valera. En ambos escritores la maduración narrativa es producto de una larga gestación y triunfo definitivo de sus experiencias literarias. Expliquémoslo claramente. Tanto Stendhal como Valera llegaron tarde al cultivo de la novela. El escritor francés manifestó una afición teatral muy precoz. En *La vida de Henry Brulard* encontramos ricos testimonios de esa primitiva vocación, como manifiesta Juan Bravo Castillo (13). Sin embargo, los esfuerzos de Beyle en este campo no habrían de ser todo lo positivos que cabría esperar de su reconocida valía literaria. Su pieza más conocida, *Letellier*, quedará inconclusa en el momento en que Stendhal opte por fin dedicarse a la novela. Ahora bien, toda esta experiencia acumulada durante tres lustros —nos dice Bravo Castillo— serviría de acopio extraordinariamente útil. El futuro novelista supo extraer constantemente datos y detalles psicológicos de la vida real y de sus sueños dramáticos para aplicarlos a sus obras maestras. Los pequeños hechos, «petits faits», como él solía decir, servirán al autor de *Rojo y negro* como elementos básicos para el entramado vital de cada una de sus novelas.

¿Acaso no se dio un marcado paralelismo en Valera? El escritor egabrense llegó un poco tarde a la novela. Cuando aparece su primera obra del género, *Pepita Jiménez*, está remontando la cumbre de los cincuenta años. Con ello —afirma Díez Echarrri— (14) se confirma el conocido axioma de que la lírica procede de espíritus juveniles, mientras la novela es el resultado de almas experimentadas. La evidencia es patente en nuestros dos novelistas. Ambos crearon sus manifestaciones narrativas cuando habían conseguido un gran acopio de materiales, resultado de sus experiencias riquísimas vitales: viajes, acciones diplomáticas, amores, triunfos y desengaños, se dieron la mano en sus personas y en sus proyecciones literarias.

Valera cultivó en primer lugar una poesía fría, académica, clasicista y excesivamente trabajada en su forma:

Encontrar en iglesia luterana
o en mis versos imágenes, es raro...

afirmaba Valera al destacar la casi ausencia total de imágenes y adornos superfluos.

Tampoco el teatro ofrece especial interés en la valoración total de Valera. Pero, al igual que en Stendhal, sus esfuerzos le sirvieron para ahondar en el análisis de sus personajes, en la visión psicológica de los mismos y en la

(13) Juan BRAVO CASTILLO: «La lenta maduración de la técnica novelesca stendhaliana: del teatro a la novela», *Insula*, 438-439, p. 3.

(14) DIEZ ECHARRI y ROCA FRANQUESA: *Historia de la literatura española e hispanoamericana*, Madrid, Aguilar, p. 1.078.

maduración de una técnica que encontrará su perfecta plasmación en las encantadoras miniaturas líricas de *Pepita Jiménez* y *Juanita la Larga*, donde la prosa se carga de sutiles efluvios poéticos que recrean al lector.

Otra faceta en la que ambos escritores han dejado muestras de distinto valor fue en la labor crítica. Mientras Stendhal apenas descuella en esta manifestación, sus trabajos sobre el arte apenas merecen ser recordados dentro de su producción general, Valera fue un eminente crítico que gozó de enorme fama tanto en España como en América. La crítica del novelista egabrense es siempre correcta, aguda y comprensiva. Sus profundísimos conocimientos literarios, lingüísticos y filosóficos le permitieron enjuiciar las obras con gran serenidad y larga perspectiva. Su clasicismo brotaba por doquier, compartido muy amistosamente con su íntimo amigo, el inolvidable don Marcelino Menéndez y Pelayo. Ambos formaron el tribunal que juzgó las oposiciones que otorgaron la cátedra de griego a don Miguel de Unamuno en la universidad salmantina. Valera supo adelantarse a todos los críticos de su tiempo para señalar las excepcionales cualidades poéticas de Rubén Darío, manifestadas tempranamente en su libro *Azul*. También fue Valera un eximio articulista, y su epistolario pasa por ser uno de los más interesantes para conocer los entresijos político-literarios de su época.

Semblanza Aristocrática de Stendhal y Valera. El escritor francés se nos presenta como un ferviente admirador de la labor imperial del emperador Napoleón Bonaparte. Esto le permitió asistir a diversos hechos de armas, conocer a las personalidades más celebradas del momento y ser figura capital en salones y reuniones de sociedad. G. Picón nos refiere las reuniones en casa de la condesa Daru, Angelina Bereyter, Angela Pietagrúa, viuda e hija del gran galeno materialista Cabanis. Stendhal fue figura destacadísima en los cenáculos literarios y artísticos de París, Moscú, Roma, Milán, Florencia, Bolonia, Ferrara y Venecia. Alcanzó fama de «dandy» y de experto conversador. Frecuentó los teatros y tertulias de moda, y recibió los nombramientos de auditor del Consejo de Estado y visitador de los reales sitios franceses.

Valera fue, así mismo, un hombre de mundo, cultísimo, elegante, lleno de sagacidad, de experiencia, de cordura. Su abolengo nobiliario le proporcionó una distinción ingénita que le permitió brillar en los salones más relevantes del Madrid decimonónico. Su amistad con la familia Montijo le abrió las puertas de los más encumbrados sitios de recreo, y en ellos descoló Valera entre todos sus contemporáneos. Su continuo peregrinar por legaciones y embajadas forjaron un espíritu sagaz y penetrante que le permitió ver y contrastar los hombres, las cosas y hasta las ideas más dispares. Su sentido liberal, agnóstico y de innegable sutileza ática presenta también notables concomitancias con Stendhal. Ambos admiraban la obra de Voltaire, cuyas obras selectas prologaría el escritor español.

Amor y pasión vital. La vida amorosa de Stendhal parece arrancada de una página de las *Mil y una noches*, del *Decamerón* o del *Heptamerón*. Su espíritu inquieto, soñador y optimista lo arrastró a una vida sentimental desenfrenada. Su fama de hombre elegante acreció entre las damas y, según

nos refiere G. Picón, se cuentan muchísimas las damas que encandilaron al joven Stendhal en sus primeras misiones militares y diplomáticas por París, Estrasburgo, Viena, Berlín, Danzing y Linz. Durante los años 1830, 31 y 32, recorre diversas ciudades italianas. Fue cónsul en Trieste y luego en Civitavecchia, donde se reunió con lo más selecto de la aristocracia europea. Cultivó el amor de Angelina Bereyter, Melaine Guilbert, Matilde Dembowski, condesa Daru y Giulia Rinieri, que sería su gran amor y con quien contrajo matrimonio. Stendhal las recordará siempre como criaturas encantadoras que si bien no le honraron con sus bondades, llenaron literalmente su vida.

Desilusiones, claro está, llenaron su vida. Tras algunas amorosas, las de la vida política. Hombre de humor desengañado, al término de su vida tenía cierta experiencia de fantasear y recordar los idílicos momentos vividos bajo la protección imperial.

Manuel Azaña, en el prólogo ya citado de *Pepita Jiménez*, nos presenta a un Valera más agitado por los lances amorosos que por los negocios de Estado y los ejercicios poéticos mientras estuvo en Nápoles con el duque de Rivas. En Nápoles conoció a la que sería su gran amor platónico: Lucía Paladi («la dama griega»). La palidez de su rostro y la fantasía amorosa de Valera valieron a la marquesa el sobrenombre de La Muerta. En sus lauros de galán se cuenta por más lúcido y enteramente honesto un amorío con la divina Culebrosa, que lo tuvo embelesado. Con este nombre se conocía a Malvina Saavedra, hija del duque de Rivas, su gran protector y mecenas durante su estancia en Nápoles.

La vida sentimental de Valera, mucho menos intensa que la de Stendhal, encontró la tranquilidad apetecible para sus trabajos literarios en Dolores Delavat, con quien contrajo matrimonio en 1867. Muchos años antes la había conocido durante su estancia en Brasil a las órdenes de don José Dalavat, ministro de España.

Sentimiento patriótico en Stendhal y Valera. El entusiasmo del escritor francés por Napoleón raya en adoración. Decía así: «Después de haber visto actuar a Napoleón, no se puede amar a otro general. Se encuentra siempre en los razonamientos de los otros cierta hipocresía, cierta debilidad, cierta exageración, que mata la simpatía naciente. El amor por Napoleón es la única pasión que he conservado; lo cual no me impide ver los defectos de su espíritu y las miserables debilidades que se le pueden reprochar».

Stendhal estuvo en Alemania y Rusia con los ejércitos imperiales. Llevó una vida errante que le permitiría vivir en la estela de su héroe, Napoleón, y, sobre todo, adquirir una incomparable experiencia humana de sí mismo en contacto con los demás. Stendhal aceptó cargos honoríficos, desempeñó múltiples legaciones y mantuvo perenne el fuego sagrado del respeto y admiración por la obra napoleónica.

Valera sirvió a España con la entrega total de su vida y con la proyección vigorosa de su perspectivismo histórico. Después de una magistral conferencia de la doctora Matilde Galera, «Valera y el 98», nos queda la ima-

gen de un auténtico hombre de estado que supo calibrar el poder americano y los perjuicios inherentes en una confrontación bélica. Valera escribió brillantísimas páginas llenas de entusiasmo y amor patrios en unos momentos dolorosos, como fueron los que siguieron a la firma del Tratado de París, por el que España perdía Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

TENACIDAD. Stendhal y Valera son dos claros ejemplos de lo que la tenacidad y constante esfuerzo pueden rendir al artista verdadero. Esa consagración total a la literatura les permitió triunfar en sus respectivas naciones. Tanto Stendhal como Valera fueron auténticos «profesionales» en el ámbito literario. Los dos nos han dejado más de ochenta títulos. Aquél, fundamentalmente en el campo de la narrativa; Valera, en múltiples parcelas en las que su genio brilló a incontestable altura. La novela, el cuento, la crítica, la poesía, el teatro y el ensayo encontraron en el autor de *Juanita la Larga* a una egregia figura, que por sí solo, es capaz de llenar una página gloriosa en cualquier literatura.

Sirvan estas humildes cuartillas como rendido homenaje a Stendhal y a Valera. A aquél, al celebrarse el segundo centenario de su nacimiento, hecho que ha motivado numerosísimas conmemoraciones literarias. La revista *Insula* le ha dedicado casi un número monográfico ensalzando su obra, que se mantiene llena de vitalidad pese al paso de los años.

Homenaje también a Valera, nuestro más acendrado y notable novelista de esa generación brillantísima de narradores que dio a España una auténtica Edad de Oro en esa faceta literaria. Sólo desearía que la similitud que creí existente entre ambas figuras, Stendhal y Valera, haya sido reconocida por todos ustedes.

Y ahora permitidme que este humilde trabajo sea una sencilla muestra de rendido homenaje a la egregia figura de don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, cordobés de pro y ejemplo vital para cuantos nos entregamos al amor de las bellas letras.